



Mitsuyo Kakuta

La cigarra del octavo día

Traducción del japonés de Yoko Ogihara
y Fernando Cordobés



MITSUYO KAKUTA

La cigarra del octavo día

Traducción de
Yoko Ogihara y Fernando Cordobés

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Yokame No Semi*
Traducción del japonés: Yoko Ogihara y Fernando Cordobés

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2014
Segunda edición (primera en este formato): junio de 2021

© Mitsuyo Kakuta, 2007
Reservados todos los derechos
La edición original en japonés la publicó Chuokoron-Shinsha, Inc., Tokio.
Esta edición en lengua castellana se ha publicado según acuerdo
con la autora a través del Bureau des Copyrights Français, Tokyo
© de la traducción: Yoko Ogihara y Fernando Cordobés, 2014
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Ulzama digital
Depósito legal: B 9731-2021
ISBN: 978-84-18807-24-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Agarra el pomo de la puerta. Está congelado como un trozo de hielo, una frialdad que parece advertirla de que ya no hay marcha atrás.

Kiwako sabe que los días laborables, a partir de las ocho y diez de la mañana, el apartamento no está cerrado con llave durante unos veinte minutos. No hay nadie. En ese intervalo de tiempo dejan solo al bebé. Apenas unos minutos antes, escondida tras una máquina expendedora de bebidas, acaba de confirmar que la pareja ha salido. Sin vacilar, gira el pomo.

Al abrir le llega un olor mezcla de pan quemado, aceite, polvos de tocador, suavizante, nicotina, trapos húmedos... El frío del exterior se suaviza un poco. Cierra la puerta tras de sí y se desliza al interior de la casa. Es la primera vez que entra, pero le extraña comprobar la naturalidad con la que se mueve, como si fuera la suya propia. En cualquier caso, eso no significa que esté calmada. El corazón le late con fuerza dentro del pecho, agita todo su cuerpo. Le tiemblan las manos, las piernas. Le duele incluso la cabeza, un dolor que llega acompasado con las palpitaciones.

Paralizada en el espacio que queda junto a la puerta donde se dejan los zapatos, dirige la mirada al *fusuma*¹ de detrás de la cocina, cerrado a cal y canto. Está decolorado, con las esquinas amarillentas.

«No voy a hacer nada malo. Sólo quiero verlo un momento. Sólo me gustaría ver a su bebé; eso es todo. Después pondré punto y final. Mañana... No, esta misma tarde compraré muebles nuevos, buscaré un trabajo. Lo olvidaré todo y empezaré una nueva vida.» Kiwako se lo repite a sí misma varias veces. Finalmente se quita los zapatos. Contiene el impulso de correr hacia el fusuma y abrirlo de golpe. Observa la cocina con un movimiento rápido de los ojos. En el centro hay una pequeña

1. Tabiques móviles para separar espacios.

mesa redonda. Está sin recoger: un plato con migas, una bolsa vacía de pan de molde, un cenicero lleno de colillas, margarina, la monda de una mandarina. También el fregadero está lleno de cacharros: una tetera, un bote de leche maternizada, latas de cerveza aplastadas... Una escena de vida cotidiana desnuda que casi le corta la respiración.

De pronto, escucha un llanto que llega desde el otro lado del fusuma, como si el bebé la hubiera estado observando. El sobresalto la pone en tensión. Vuelve a clavar la mirada ahí. Camina con cautela sobre el frío suelo de linóleo. Se detiene justo delante y descorre los paneles de golpe. La inunda un calor sofocante mezclado con el débil lloriqueo del bebé.

Es una habitación tradicional japonesa. Los futones están extendidos en el suelo, aún sin recoger, los edredones echados hacia abajo, las mantas revueltas. Al lado, una cuna iluminada por el sol que se cuela a través de los visillos. Justo debajo, una estufa eléctrica con una luz testigo roja. Kiwako pasa por encima de los futones para acercarse a la cuna. El bebé llora, mueve los brazos y las piernas. Lo que al principio sólo era un hilo de voz ahora aumenta de volumen progresivamente. En la cabecera de la cuna hay un chupete, húmedo de saliva. Aún brilla.

Dentro de la cabeza de Kiwako resuena una especie de sonido metálico. Cuanto más alto suena el llanto del bebé, más intenso es su eco, hasta que ambos terminan por confundirse y siente como si ese lamento *in crescendo* brotara de su interior.

Cada mañana la mujer lleva a su marido en coche hasta la estación. No está lejos. Nunca se llevan al bebé. Como aún está dormido y la mujer regresará en apenas unos minutos, Etsuko prefiere no despertarlo. De hecho, tardará escasamente quince minutos. Kiwako ha entrado en la casa creyendo que lo encontraría sumido en un plácido sueño. Sólo quería verlo una vez, resignarse del todo. Después saldría a hurtadillas para no despertarlo.

Sin embargo, el bebé ha empezado a llorar y tiene la cara roja. Kiwako alarga una mano temerosa, como si fuera a tocar un explosivo, y la mete por debajo de su espalda. Lleva un pijama de felpa. Lo toma entre sus brazos. El bebé tuerce la boca, la mira con sus ojos inocentes. Sus pestañas están inundadas de lágrimas y una de ellas le resbala hasta la oreja. A pesar de sus ojos llorosos, sonrío. Sí, claramente ha sonreído. Kiwako es incapaz de moverse, está paralizada.

«Te conozco y tú también me conoces.» No sabe por qué se dice eso, pero es lo que siente.

Acerca la cara hasta que se ve reflejada en sus ojos límpidos. El bebé se ríe aún más, empieza a babear, a estirar sus extremidades con golpes secos. Se destapa, echa a un lado la manta que cubría sus piernas y deja al descubierto sus pies desnudos sorprendentemente diminutos, con unas uñas como de juguete. Es probable que ese pie tan blanco aún no haya pisado la tierra. Kiwako lo abraza contra su pecho. Acerca la cara a su pelo suave, respira hondo para impregnarse con su olor.

Tiene la cabeza caliente, suave; parece muy frágil, pero al mismo tiempo es dura y resistente. La asombra que pueda reunir ambas cualidades a la vez. El bebé acaricia con su mano diminuta la mejilla de Kiwako. Está húmeda, caliente. «No debo marcharme –piensa–; nunca lo dejaría solo en un lugar como éste. Yo le protegeré. Te protegeré del dolor, de la tristeza, de la soledad, de la inquietud, del miedo y de la dureza de la vida.» Ya no es capaz de pensar en nada. Kiwako murmura como si estuviera hechizada: «Te protegeré. Voy a protegerte para siempre».

En sus brazos el bebé juega como si la reconociera, como si la consolara, como si la admitiera y al mismo tiempo la perdonara.

I

3 de febrero de 1985

Me he desabrochado el botón del abrigo para meter dentro al bebé, como si lo envolviera. Después he empezado a correr a ciegas. No sé hacia dónde voy, pero en alguna parte de mi cabeza aún soy capaz de pensar con frialdad y se me ocurre que si me dirijo a la estación es muy probable que me encuentre con esa mujer. Quizá por eso mis piernas me llevan de manera casi automática en dirección opuesta. En un cartel leo: «Carretera de Kosshu». Aprieto el paso en la dirección que indica la flecha blanca. Me doy cuenta de que se acerca un taxi libre y levanto la mano en un acto reflejo.

Subo al vehículo y descubro que no sé adónde ir. En el retrovisor se reflejan los ojos atentos del conductor.

–Parque de Koganei, por favor.

El taxi arranca. Me vuelvo y veo cómo se aleja poco a poco de esa ciudad tan poco familiar para mí. El bebé empieza a llorar bajo el abrigo.

–No llores, no llores... –Me sorprende al pronunciar esas palabras de una manera casi instintiva–. No llores –las repito de nuevo, y le acaricio la espalda.

Hay mucho tráfico. El taxi apenas avanza. Los gimoteos, los ruiditos que hace el bebé con la nariz, cesan. Se chupa el dedo gordo y se adormece. De repente abre los ojos, como si volviera en sí. Emite un sonido débil, como si estuviera a punto de llorar, pero enseguida pone los ojos en blanco, vencido por el sueño. Se me amontonan los pensamientos: «Hay que comprar pañales, leche maternizada, tengo que decidir dónde vamos a dormir esta noche». Antes de ser capaz de ponerlos en orden, me asaltan las dudas: «¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer ahora mismo?». Cuanto más pienso, más me desespero. No sé

por qué, pero me asalta un terrible sueño. Me adormezco igual que el bebé, constantemente. Abro los ojos al sentir su tacto suave, ese ligero cosquilleo en la nariz que me produce su olor a leche cuando lo estrecho entre mis brazos.

—¿La dejo en la entrada del parque? —pregunta el taxista en un tono seco.

Miro hacia fuera.

—Gire a la derecha en el siguiente cruce.

Las palabras me salen sin pensar. Si voy al parque tan temprano por la mañana, el taxista se extrañará. Me parece más prudente bajar en un lugar más acorde con la hora, como un barrio residencial.

—Es la siguiente esquina, frente a aquella casa.

Finjo que es la mía. Le pago. Me da la vuelta, yo le doy las gracias y bajo con una sonrisa en los labios. Yo misma me sorprendo de ser capaz de sonreír.

Cuando el taxi se marcha, desando el camino. Busco alguna tienda abierta y giro en dirección al puente de Kanno. Allí hay varias, pero están todas cerradas. Camino un poco más y regreso al parque. No sé por qué le he dicho al taxista que me trajera aquí. ¿Será porque ya he estado antes con él?

A primera hora de la mañana tiene un aspecto desolador. Sólo hay un hombre que hace deporte y una mujer que pasea a su perro; nadie más. Me siento en un banco junto a la entrada y contemplo al bebé dormido. De su boca ligeramente entreabierta cae un hilillo de baba transparente. Se la limpio con el dedo.

Lo primero que debo hacer... ¡Un nombre! Claro, hace falta un nombre.

Kaoru. Es el primero que me viene a la cabeza. Lo elegí con él. Lo escogimos entre otros muchos porque sonaba bonito. No nos importaba el sexo.

—Kaoru... —susurro al bebé profundamente dormido.

Sus mejillas tiemblan levemente. Sabe que le llamo.

—Kaoru, Kaoru-chan...¹

Me siento feliz. Repito su nombre varias veces.

Calculo que serán casi las diez y salgo del parque. Vuelvo a la misma calle de antes para ir a la farmacia. Seguro que ya está abier-

1. «Chan» es el diminutivo que se usa normalmente para los nombres femeninos.

ta. Miro en las estanterías donde se encuentran los pañales, las toallitas húmedas y la leche maternizada. También me fijo en los biberones, pero me doy cuenta de que por muchas cosas que compre, ni siquiera sé preparar la leche. Mientras leo el prospecto agachada frente a la estantería, Kaoru empieza a moverse y a gimotear con voz débil. Me levanto un tanto alarmada y trato de consolarla. Le doy unos golpecitos en la espalda, se la acaricio, le hablo en voz baja. «No te preocupes, Kaoru-chan.» En lugar de calmarse, llora cada vez más fuerte.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes hambre?

Me vuelvo en dirección a la voz que me ha sorprendido y veo a una mujer mayor con una bata blanca que mira a Kaoru.

—Una amiga me ha pedido que se la cuide, pero no me ha dejado pañales ni me ha dicho qué leche toma. Se ha ido sin más —improvisó mi respuesta

La mujer me mira, atónita.

—¿Qué marca quieres? ¿Te parece bien ésta?

Alcanza un bote de leche y un biberón de la estantería, y desaparece en la trastienda. Es una farmacia antigua. Miro una pomada para las picaduras mientras le acaricio la espalda a Kaoru. Su llanto desconsolado no me deja pensar con claridad. ¿Qué debo hacer?

—¡Hay que ver la juventud de hoy en día! —La mujer sale de la trastienda con el biberón lleno de leche—. Prefieren divertirse antes que hacerse cargo de sus hijos. ¿Leíste la noticia del periódico el otro día? En nuestra época, matar a golpes a un niño era algo impensable.

Para hablar sola, su tono de voz resulta demasiado elevado. Se hace cargo de Kaoru; más bien me la arranca de los brazos.

—Tienes hambre, ¿verdad, cosita preciosa?

Le habla con dulzura. Le acerca el biberón a la boca. Kaoru sacude la cabeza sin dejar de llorar, pero enseguida se rinde y empieza a beber con gesto serio y los ojos bien abiertos.

—¿Te ocuparás de ella sólo hoy? La cantidad de leche que tienes que darle viene indicada aquí. Son unas cuatro tomas al día, cada tres o cuatro horas. Luego tienes que hacer que eructe... Pero bueno, fíjate, ¡hacéis el mismo gesto!

La mujer se ríe. Miro a Kaoru fijamente, con avidez. Sonrío desconcertada. Después de pagar, le agradezco su ayuda a la mujer y salgo de la farmacia.

Llevo a Kaoru en brazos y una bolsa de plástico llena colgada del brazo. Regreso al parque. Por el camino, me cambio la bolsa de lado en varias ocasiones. Voy al baño público, pero no hay cambiador. No me queda más remedio que buscar un banco. El pañal está completamente empapado. Limpio con sumo cuidado sus órganos sexuales, en los que no existe ninguna protuberancia. Le pongo un pañal limpio.

Mentalmente, he cambiado y alimentado a un bebé en infinidad de ocasiones. Amamantaba a una Kaoru imaginaria, cambiaba sus pañales, la bañaba, la arrullaba hasta que se dormía.

Tengo cierta experiencia con los bebés. Cuando Yasue Nigawa dio a luz, la visitaba a menudo para echarle una mano. Cambiaba a la niña, le daba el biberón y la mecía en mis brazos hasta que le entraba el sueño. Lo mismo que con mi Kaoru imaginaria. Por eso estaba convencida de que podría hacerlo sin ninguna dificultad, aunque ahora el pañal se me arruga a la altura de las ingles y tengo que repetir varias veces la operación.

«Yasue.»

Levanto la cabeza. En el desolado cielo invernal no se ve ninguna nube. «¡Es verdad, Yasue. Yasue está allí!»

Siento como si todos mis problemas se hubieran resuelto de golpe, aunque sé que no es más que una ilusión. Levanto a Kaoru por encima de mi cabeza y la niña se ríe con un hilo de voz. Dejo que sus pies aterricen en mi cara. Están congelados.

«Kaoru, mi Kaoru. Todo va a salir bien. Tranquila.» Parece comprender lo que le digo. Me mira desde lo alto sin dejar de sonreír y se chupa el dedo.

Subo al autobús que se detiene a la salida del parque y lleva hasta la estación de metro. Allí tomo la línea central en dirección a Shinjuku. Al llegar, entro en unos grandes almacenes y adquiero un portabebés, una manta, un buzo y algo de ropa interior. Subo a otra planta para comprarme una bolsa de viaje. Me encierro en el baño. Cambio a la niña y lo meto todo en la bolsa.

Llamo a Yasue desde la cabina que está frente a los grandes almacenes.

—¡Cuánto tiempo! —se sorprende.

Su voz suena estridente. Le pregunto si puedo ir a verla.

—¡Claro que sí! Ven cuando quieras. ¿Dónde estás? —me pregunta con voz alegre.

Intento elevar mi tono para alcanzar el suyo.

–No estoy sola.

–¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

–Yasue, aunque te extrañe, ahora soy madre. Me he convertido en mamá.

–¿En serio? ¿Cuándo? ¡Qué sorpresa! ¿Por qué no me habías dicho nada? ¿Cuándo diste a luz? ¿Es verdad?

–Lo siento, no me quedan monedas. Luego te lo cuento. Tomaré el próximo tren.

Su voz chillona aún resuena en el auricular cuando cuelgo.

Tomo la línea Shobu. Kaoru está de buen humor. Sonríe constantemente al chico que está sentado a nuestro lado. Alarga la mano para tocarle. El chico no sabe qué hacer. Le agarro el brazo a Kaoru para que le deje. Ella aprieta fuerte con sus dedos pequeños. Me mira absorta.

Me apeo en Motoyawata. Mientras camino hacia la casa de Yasue, no dejo de repetirme una y otra vez lo que debo decir. «Todo va a salir bien.» La última vez que estuve allí fue antes de dejar el trabajo, hace ya casi un año. Desde la estación, la calle transcurre en paralelo a la vía. Está más animada de lo que recordaba: una farmacia, un videoclub, una floristería, un restaurante familiar...

Yasue me espera en la calle, delante de su casa. Al verme, agita la mano y echa a correr hacia mí, impaciente por ver a Kaoru.

–¡Huaah! Qué monada; ¡no me puedo creer que seas madre!

Sin dejar de hablar con su voz estentórea, sus manos expertas me arrebatan a Kaoru. La niña tuerce el gesto, como si dudara entre llorar o no. Abre la boca y mira fijamente a Yasue con sus ojos limpios.

–¿Y Miki-chan? –pregunto

–En casa de su abuela. –La madre de Yasue, que hasta hace poco vivía sola en Yokohama, se ha mudado a una casa cercana–. De vez en cuando cuida de ella. Aunque no le diga nada, viene y se hace cargo de todo –explica Yasue entre risas, y vuelve a mirar a Kaoru–: ¿Cómo te llamas? Eres una niña, ¿a que sí?

–Me llamo Kaoru, encantada –digo yo en su lugar.

A Yasue le hacen gracia mis tonterías y Kaoru se contagia de nuestro buen humor. Al fin consigo relajar un poco la tensión que me tenía atenazada. He hecho bien en venir.

Yasue vive en el quinto piso de un edificio de ocho plantas. En su casa tiene muchas más cosas de las que recordaba de mi visita ante-

rior; todo está completamente revuelto. El fusuma de la habitación del tatami está garabateado con dibujos infantiles. Hay una casa de muñecas y cuentos por todas partes.

—Compramos esta casa para estrenar y ya han pasado cinco años. Le he pedido a mi marido que deje de fumar, pero no me hace caso. Por si eso no fuera suficiente, Miki se ha convertido en un genio de la pintura mural —se excusa como si me leyera el pensamiento.

Se ríe y me ofrece unas zapatillas de andar por casa. Me siento en el sofá.

—Esto... Verás, Yasue. Necesito tu ayuda.

Está en la cocina preparando té.

—¿Qué te hace falta? —pregunta en tono despreocupado.

Respiro hondo antes de volver a hablar.

—Esta niña no es hija mía. Tengo un novio y... es la hija de su ex mujer. Vivimos juntos. Bueno, vivíamos juntos hasta ahora. Su ex mujer tenía un amante y abandonó a la niña, por eso él se vino a vivir conmigo con Kaoru. Sin embargo, aún no ha resuelto lo del divorcio. Queríamos casarnos cuando acabaran todos los trámites, pero es violento con la niña y, por si fuera poco, cada vez bebe más. Me he escapado, he huido de él y no voy a volver. Yasue, no quiero causarte molestias, pero de verdad, necesito que me ayudes.

La historia me sale de corrido. Yasue, que ha venido de la cocina con las tazas de té, está tan concentrada en lo que le digo que se olvida de dejarlas encima de la mesa. El silencio cae sobre el salón y sólo se rompe con la vocecita de Kaoru, que no llega a formar palabras.

—Oye, Kiwako, ese novio tuyo es...

Finalmente, deja la taza de té sobre la mesa. Parece recordar, pero es demasiado discreta para decirlo de forma abierta.

—No, no —la interrumpo—. Hace tiempo que me separé de él.

Poco a poco recupero los recuerdos. Le conté mi historia con ese hombre con todo detalle, como cuando éramos estudiantes. Hablábamos por teléfono y las conversaciones eran cada vez más graves, más largas. Miki tendría entonces dos años. Seguramente Yasue estaba agotada con las tareas de la casa y el cuidado de su hija, pero siempre me escuchó pacientemente hasta que yo estaba preparada para colgar. Un día terminó por decir en un tono poco habitual para una mujer tan sosegada como ella: «No me cuentes nada más, no quiero escucharte. Si sólo vas a hablar de él, no vuelvas a llamarme».